

BALDOMERO GALOFRE



UNA FERIA DE GANADO EN ANDALUCIA

Exposición de don Pio Clos, en la Rambla de los Estudios, núm. 6.

LIBRERIA ALFONSO  
MONTENEGRO, EDITOR  
CALLE DE ALFONSO XII, 10



á los cuarteles, la voz de partida. A la puerta de Capitanía, formaba el Estado Mayor, tieso, solemne, con mezcla de rigor de ordenanza y de etiqueta cortesana.

Sonó un cornetín. Apareció el capitán general llevando á su derecha á un hombrecillo, de vistoso uniforme, con el pecho cuajado de insignias relucientes.

Era el príncipe extranjero en cuyo honor iba á celebrarse aquel festejo militar.

Ordenóse la comitiva. A una voz, repetida automáticamente, la tropa emprendió la marcha dejando tras sí gran polvareda.

Al llegar al campo de maniobras, el sol de Junio caía de plano envolviéndolo todo en su orgía de luz, arrancando brillos incandescentes á las armas, á los cascos, á las máquinas de guerra.

Las fuerzas se desplegaron entre voces imperativas, gritos y confusión.

Emplazaron los artilleros sus baterías en punto estratégico; corrió la



Cuadro de RAMÓN TUSQUETS.

caballería á su puesto; avanzaron los infantes hasta lugar conveniente. La fusilería rompió el fuego y á sus descargas contestó el estampido de los cañones. El valle y las gargantas de la sierra centuplicaban el estruendo.

¡Hermoso cuadro! Miles de infantes, tomando la ofensiva, aproximábanse á un enemigo imaginario, protegido por brillantes cargas. Aturdía el humo, se mascaba el polvo, y cada soldado parecía buscar en las balas contrarias un glorioso bautismo de sangre...

A la cabeza de su regimiento iba Andresillo, febril, convulso. Percibió clara, distinta, en medio de aquella balumba, la orden de cargar y seguir avanzando.

—¡Fuego!—oyóse por fin.

Al grito siguió el zumbido de mil disparos.

—¡Atrás! ¡Alto, alto!

Estas frases escaparon de muchos labios á la vez.

¡Un coronel muerto!

La soldadesca retrocedió espantada.

Sobre el polvo, enrojecido, veíase el cuerpo de un hombre.

Era, en efecto, un coronel; el del regimiento de Andresillo.

La confusión fué indescriptible.

¡Cómo averiguar el misterioso crimen!

Andrés adelantóse y después de cuadrarse ante los otros jefes, dijo en tono tranquilo:

—¡Yo lo he matado!

Un gran silencio siguió á esta declaración del soldado.

Atardecido ya, marchaba camino de la ciudad un carromato con numerosa escolta. Dentro iba Andrés, aherrojado fuertemente.

Aquella patrulla, silenciosa, sin marcialidad, sin acordes de música, sin fisonomía guerrera, era la nota del eterno contraste, y parecía una lamentación del día espléndido que expiraba entre reflejos opalinos y nubarrones de color sanguinolento...

\*\*\*

El procedimiento fué sumárisimo.

Andrés compareció ante el juez militar y su indagatoria se redujo á una afirmación.

—Yo he matado al coronel. No me pregunten más. Moriré sin decir más.

El consejo de guerra condenó al reo á ser pasado por las armas, debiendo ejecutarse el fallo dentro las veinticuatro horas siguientes, en la explanada de los matorrales, próxima al cuartel.

Se leyó á Andrés la sentencia y poco después entró en el calabozo el capellán del regimiento.

Andrés palideció.

—¿Tienes algún secreto de conciencia?...

—¡Padre! Quiero mucho á una mujer.

El mosen contrajo la comisura de los labios socarronamente. ¿Quién es ella? pareció decir con aquel gesto, mezcla de ironía y de curiosidad.

Andrés enmudeció, cubriéndose la cara con las manos y así pasó la noche, en un largo sollozo, en un amargo y lento agonizar del corazón...

La primera caricia de la mañana le trajo la visión de sus amores.

Andrés alzó la vista, encontró enfrente el crucifijo, y volvió á ocultar la cara y á llorar amargamente.

Varios pelotones de tropa salieron silenciosos del cuartel, formando el cuadro en la explanada. El sol brillaba con descoco. En los alrededores apiñábanse los curiosos, olfateando con fruición los pormenores del cercano desenlace.

\*\*\*

Por fin, vióse adelantar al reo seguido de una escolta: marchaba sereno, pálido, con esa peculiar altanería de los fuertes de espíritu.

Se le arrodilló ante una tapia medio oculta por espeso ramaje. Desfiló el piquete de ordenanza; brilló en alto una espada.

Algo como una aparición, un fantasma de cabellos rubios, deslizóse rápidamente desde el matorral espeso y se asió con arrojo suicida al cuerpo de la víctima.

Fuó el segundo preciso, en que cae el gatillo del fusil y el terror paraliza los sentidos y oprime todos los pechos...

Sonó la descarga, estridente, funeral, y Andrés y Maruja rodaron por el suelo confundidos en un abrazo de muerte...

ANGEL ALCALDE



Cuadro de RAMÓN TUSQUETS.

## DR. COMABELLA Y MALUQUER

Por fin, se nos ha presentado la gratísima ocasión de colocarle en nuestra galería de personalidades distinguidas, donde, por derecho propio, ha debido ya figurar hace tiempo. Es doctor en farmacia y licenciado en ciencias físico-químicas. Tiene 27 años, y si por su aspecto no los representa, parece ya un hombre curtido en la experiencia, distinguiéndose por su modestia, doblemente meritoria en quien, como él, reúne las condiciones de talento, posición financiera y dón de gentes. Hijo del malogrado doctor don Felipe Comabella y de doña Concepción Maluquer, sus dos apellidos le han dado feliz entrada en la sociedad, á la que no rinde el tiempo que otros jóvenes consagrarían, por hallarse completamente dedicado á sus estudios predilectos: la Química y la Historia Natural.

Los análisis químicos le absorben un tiempo precioso, reservándose una parte del verano para viajar instruyéndose.

Hombre de laboratorio, está reñido con los centros en que nada práctico se aprende, siendo la observación y la experimentación los únicos cargos en que él se deleita elaborando con fruto. De ello es prueba inequívoca la variedad de productos que la ciencia médica proclama de gran valor. De actividad incansable, dedica parte de su atención á las cuestiones, hoy sobre el tapete, de las grandes poblaciones del mundo; nos referimos á los sanatorios. Del que se proyecta en la montaña del Tibidabo, y del que es accionista, hace un



estudio particular, como uno de sus administradores delegados. Nada escapa á su ojo previsor y científico. Jalones y cimientos; es decir, terreno en qué operar y base sobre qué edificar con seguridad. Pero donde se demuestra la profundidad de nuestro Comabella Maluquer, séanos permitido este modo cariñoso de señalar á nuestro distinguido amigo, es en su discurso ó Memoria para aspirar al grado de doctor en farmacia, que obtuvo por unanimidad con la nota de «sobresaliente».

La manera cómo en dicha Memoria trata de la «Investigación del fluor en las aguas minerales y en algunas sustancias orgánicas» es verdaderamente magistral, tanto que, para no empequeñecerla con nuestro criterio poco competente, nos limitamos á hacerlo constar así, remitiéndonos al juicio que emitió el tribunal examinador en Madrid el año 1897; y á los dictámenes de los conocidos y reputados doctores señores Garagarza, Carracido, Gómez Pámo, Lázaro, Fages, Puerta, etcétera, etc.

Es un excelente hijo y buen hermano.

¡Qué modestia la de nuestro biografiado! Qué lástima no poder disponer de más tiempo y espacio, aun á trueque de caer en su desagrado, para escribir un libro sobre el joven doctor, estudiándole como hombre privado y como hombre científico; pero, en fin, todo se andará, pues ni nosotros renunciamos á seguir estimulándole en su brillantísima carrera, ni él necesita, para elevarse al alto sitio que en justicia le corresponde, otras recomendaciones que las de sus propios méritos.

Fot. de Napoleón.

\*\*\*